

Divagaciones

y

conjeturas

En la segunda parte del Quijote figura un episodio que, despojado de fantasías, parece sugerido por un acontecimiento de la vida real: el festín que, para todo un pueblo, había dispuesto el rico Camacho para celebrar sus nupcias con la hermosa Quiteria. La inolida abundancia del succulento banquete, no precisa referirla.

Los cervantistas compiten entre sí para hallar precedentes literarios o algún suceso memorable en el que pudiera haberse inspirado el famoso alcaláino. Y, no obstante, la ciudad de Soria no vacila en afirmar que el festín de bodas del joven Camacho es una sabrosa anécdota bordada en el cañamazo de la fiesta de las calderas de San Juan que, anualmente, celebra—o celebraba no ha mucho—aquella pequeña ciudad castellana. La referiremos en cuatro palabras.

Una fiesta de tipismo excepcional

Soria, por San Juan, parecía revivir los días del Medievo cuando, al tenor de su fuero propio, existían sus doce linajes de caballeros y sus dieciseis cuadrillas de vecinos, éstas últimas por demarcaciones parroquiales, una o más, ya que las parroquias—en otro tiempo—fueron muy numerosas. Entre otros privilegios, gozaban el de poder nombrar representantes en el concejo municipal. Los jurados de las cuadrillas, por San Juan, se trasladaban a los pastizales de Valonsadero para escoger dieciseis becerras bravas y para conducir las a la ciudad en donde, en fechas lejanas y como en Olot mismo, se “corría el bou”. Y el domingo siguiente, después de sacrificar las reses, se celebraba un festín en la “Dehesa de la Villa”, en el que participaban todos los sorianos, sin distinción alguna. Las enormes calderas—una por cuadrilla—para el aderezo de los manjares, dieron nombre a la fiesta. Eran las calderas de la abundancia.

Mucho se ha cavilado acerca de su origen. Soria se pobló con la reconquista y se supone que el festín comunitario pudo provenir de la caritativa asistencia dispensada a los menesterosos por un priorato benedictino del que sólo perdura su recuerdo: el de Santa María del Mercado o la Blanca. Es posible. Mas, pese a que los años de la ciudad no deben de remontarse a mucho más del siglo X, a primera vista podría suponerse que nos hallamos ante una reminiscencia pagana y romana que, acaso, vino perpetuándose entre los nativos de la región y desde muy antes de que se fundara su parva capital.

Las huellas de la romanización del campo soriano son numerosas. Después de la caída de Numancia (a 7 km. de Soria), Roma no se olvidó de cuanto le había costado su dominio. Lo demuestran las carreteras cons-

truídas entonces y que hoy subsisten. Y las ciudades que se erigieron en Oxoma (Osma), en Termancia (Iugarejo de Tiermes), en Clunia (la ya más lejana Coruña del Conde)... e, incluso, el arco de Medinaceli y el grandioso mosaico en humilde pueblo de la provincia, que ahora ocupa—casi—la totalidad del área de la iglesia-museo de San Juan del Duero. Como la romanización pervive en usos no desaparecidos todavía en las poblaciones rurales, v. gr. para la calefacción de las viviendas por medio del **hypocauston**, introducido en Roma por Cayo Sergio Orate, en el reinado de Augusto. Las más acomodadas, en el alta meseta de Castilla, cuentan con una habitación excepcional: el todo-estar o “la gloria” como es llamada, cuyo pavimento—como la **suspensura** de diversas dependencias de la casa romana—se construía sobre pequeñas columnas de ladrillo para que, entre ellas y por una teoría de conducciones encajadas en el grueso de los muros (las **parietes tubulati**), circulase el aire recalentado por medio de un horno a nivel algo inferior, abierto en la cocina. Séneca refirió la invención como de su recuerdo, en una de sus epístolas (XC, 25).

¿Reminiscencia romana?

De la fiesta de las calderas llaman la atención dos circunstancias: el festín comunitario, dispuesto por los jurados de las cuadrillas parroquiales, y su fecha. Un banquete comunitario a más del que celebraba cada linaje o cada cuadrilla al recibir a un nuevo colega. Y su celebración por los días de San Juan, cuando el Precursor de Cristo no es el patrono de Soria y cuando, ni siquiera, tuvo dedicada ninguna de las treinta y seis parroquias (forzosamente, con muy pocos feligreses cada una) que, **in diebus illis**, contó la ciudad. Tal vez se hable de San Juan de Rabanera, que aún hoy subsiste y—por cierto—con un templo del siglo XII, admirable. Pero este San Juan es el Evangelista.

¿Y qué relación tiene todo ello con el paganismo romano? Pues, podría tenerla, aunque ignoro si, en unas cortas líneas, acertaré a explicarme a satisfacción de mis leyentes.

Vayamos muy y muy atrás. La Ciudad antigua, en Roma, Grecia y en otros países arios de los que se tiene noticia, se fundó en el culto doméstico y así lo demuestra Fustel de Coulanges con una agudeza y una erudición que pasman. Fue el culto a los muertos, a los dioses Lares y Penates, del que derivaron todas las instituciones políticas, sociales, jurídicas y religiosas. Símbolo y, más que símbolo, presencia de aquellos dioses era el fuego sagrado que ardía sin interrupción en los altares domésticos y que presidía y aglutinaba a todos los miembros de cada uno de los clanes y a los adheridos a él. Y siempre bajo la potestad del **paterfamilias**, pontífice de su hogar y, por pontífice, señor absoluto. La “llama viviente”—más tarde personificada en Vesta—fue como un ser moral de quien se imploraban la salud, el bienestar, la templanza, la rectitud, la sabiduría. Ella inspiraba el deber y protegía los derechos. Una familia sin fuego sagrado o al cual hubiera dejado de tributársele el culto debido o la reverencia necesaria, habría quedado abandonada de sus dioses, y ella, su nexa, su patrimonio, se habrían extinguido. Habría perdido su razón de ser.

Una primigenia organización en la cual todos los vínculos, derechos y obligaciones tenían un carácter religioso de orden doméstico, no hubiera podido defenderse ni expansionarse. Y de ahí que surgieran unas divinidades superiores, aunque en comunidad con los dioses Lares; unas divinidades que protegían tribus, poblados, sectores de población y aun ciudades ente-